BOLETIN-REVISTA

DEL

ATENEO DE VALENCIA.

TOMO I.

5 de Octubre de 1870.

NÚM. 9.

APUNTES SOBRE LA LUZ.

(Conclusion.)

Apenas tocada la cuestion en los reinos mineral, vegetal y animal, entraremos de lleno á ocuparnos de la influencia de esa impalpable é imponderable materia llamada éter, sobre el sér mas perfecto, rey de la creacion, grado mas encumbrado de la escala zoológica, sobre el hombre.

Fijemos nuestra atencion en un individuo que durante algun tiempo haya estado en una de nuestras mal montadas casas de correccion; le veremos salir pálido, sin brillo ni expresion en los ojos, con los cabellos deslustrados y prematuramente canos, sus carnes edematosas, blandas, sus fuerzas abatidas, nadie desconoce la causa de estos trastornos, la principal es la falta de lumínico, es indudable. Por el contrario, los habitantes de los paises muy bañados por los rayos del astro gigante, son altos, robustos, fornidos, de mirada expresiva y brillante, cabellos negros, piel rugosa, compacta y fuerte, téz morena, movimientos ágiles. «La actividad y la vida son propias de los paises meridionales en donde la luz es mas pura, mas viva y mas constante» (1).

Esto es evidente, como lo es tambien que en estos mismos paises cambian las condiciones individuales con el cambio de condiciones higiénicas: los porteros, los mineros y en general todos los que por

(1). Terapéutica general del Dr. Coca.

su clase ú oficio viven ó trabajan en sitios bajos, por lo comun mal alumbrados, toman los rasgos fisonómicos del individuo que hemos descrito há poco, que salia de un correccional; sobre todo su palidéz es marcada, pues puede decirse que la luz es el agente principal, sino el exclusivo que produce la coloracion en la piel. Comparemos los infelices trabajadores de nuestros campos con los habitantes de la ciudad y aun en aquellos, la distinta coloracion de las partes habitualmente cubiertas por los vestidos y las desnudas, y notaremos marcadas diferencias, líneas divisorias, lo que nos prueba que la coloracion no es efecto del calor.

En la topografia de París de Mr. Lachaise, hace observar este autor el descoloramiento que sufren los que de los partidos rurales se trasladan á la capital, esto mismo podemos nosotros comprobarlo á cada paso y lo estamos viendo todos los dias.

La coloracion mas ó menos negra ó bronceada de ciertos pueblos es debida principalmente á la accion directa de los rayos solares, y unido esto á las demás condiciones climatéricas, han obrado con tal influencia que han dado oríjen á la diversidad de razas y de sus múltiples variedades. Parece comprobar este aserto lo que sucede en la isla de Ceilán, los indijenas que viven al descubierto expuestos á la luz directa del sol tienen una coloracion bronceada, diversa que los Bedas moradores de la misma isla, pero que reciben los rayos solares mas apagados, mas débiles, por habitar en los bosques; estos últimos individuos son tan blancos como los europeos y si se trasladan á la línea que ocupan los primeros y adoptan su desnudéz, adquieren paulatinamente la coloracion de aquellos, si no en una misma generacion en las sucesivas; idénticamente ha sucedido á los descendientes de los portugueses que invadieron el Africa en el siglo XV, y á algunas de las colonias de los judíos, que habitan las costas de Malabar.

Estos hechos sobre los que no entraremos en discusion, por no conducir á nuestro objeto, parecen comprobar lo que el eminente naturalista Buffon dice: que es única la especie humana é igual la cuna de las razas todas, que solo el clima, la alimentacion, las costumbres y la civilizacion han producido la diversidad de razas, siendo la luz la que indudablemente ha producido las distintas coloraciones.

Como dejamos enunciado, no se limita á esto la luz, sino que su accion va mas lejos, y extiende su influencia mucho mas; bajo su imperio la musculatura es mas robusta, mas seca la fibra, alcanzando mayor fuerza los individuos; la sangre goza tambien de mejores condiciones, es mas plástica; por el contrario, en los individuos privados de luz, ó que la tienen insuficiente, adquieren predominio los líquidos blancos, sus carnes están húmedas, infiltradas, blandas,

sus fuerzas disminuidas, llegando á adquirir gran predominio los vasos linfáticos, á la par que la disminucion de buenas condiciones del líquido vital produciendo la anemia, llegan de esta manera á influir de un modo notabilísimo en el temperamento del individuo. Los que ocupan habitaciones poco bañadas por la luz, que al mismo tiempo son por lo general húmedas, tienen el temperamento linfático y como consecuencia padecen las enfermedades adinámicas, desarrollándose la diatesis escrofulosa, la reumática, los tabérculos y otras muchas; en vano el médico se esforzará en combatir las desfavorables condiciones de naturalezas tan empobrecidas, de enfermedades tan crueles por su curso crónico como por su terminacion, sino procura alejar las malas condiciones higiénicas que al paciente rodean y que, ó bien provocaron su enfermedad, ó al menos la fomentaron.

Los individuos de condiciones opuestas suelen gozar generalmente del temperamento sanguíneo y padecer enfermedades dinámicas.

La accion de la luz no se limita á la parte física, sino que por mucho atañe tambien á la moral; la alegría, la expansion, son predominio de los habitantes de los parajes donde hay mucha luz; ella es la que establece la comunicacion mas importante entre el hombre y el mundo exterior, por ella conocemos el volúmen, forma y color de los cuerpos que nos rodean, y apreciamos muchas veces los que nos son útiles, necesarios, agradables ó nocivos.

Como la de todos los modificadores destinados á obrar sobre los órganos de los sentidos, la accion de la luz se ejerce no solo en el sentido que excita especialmente sino tambien sobre el cerebro, á quien trasmite la impresion recibida por el ojo á fin de trasformarla en percepcion.

Consignan los autores que se piensa mejor en la oscuridad, agolpándose entonces á nuestra imaginacion ciertos pensamientos que permanecieron recatados á la luz del dia, temerosos de ser sorprendidos por ella; si bien esto es cierto, parece estar dicho de manera muy absoluta y desprenderse de ello que la luz no favorece á la imaginacion, lo que es completamente inexacto, pues si bien cuando queremos meditar sobre un punto determinado cerramos casi instintivamente los ojos, lo efectuamos con el objeto de no recibir nuevas impresiones que nos distraigan de nuestra idea entonces dominante. ¿Sin la luz, cómo tendríamos idea de la naturaleza? ¿cómo nos inspiraríamos en sus admirables y perfeccionadas creaciones, siempre sublimes, bellas siempre? ¿De qué fuentes saldria la fecunda inspiracion del artista? ¡cuán pobre sería el pensamiento, cuán reducido y estrecho su círculo!

Como ya dijimos al ocuparnos de los vegetales, la luz por su in-

fluencia trasforma el ácido carbónico y nos proporciona el oxígeno, gas tan necesario para nuestra vida y que devorado por los pulmones efectúa la hematosi de la sangre.

La luz es el excitante especial del ojo; gracias á su influencia, este sentido, el mas delicado, el mas importante, el mas perfecto, verifica el maravilloso fenómeno de la vision.

Nadie desconoce la dificultad y el esfuerzo que tiene que vencer este sentido para desempeñar sus funciones cuando su excitante especial es insuficiente, pues si bien por la costumbre de estar en la oscuridad llegan á distinguirse los objetos adquiriendo una inctalopia mas ó menos completa, adquiere al propio tiempo el ojo tal susceptibilidad, que al pasar á la luz, si ésta no se gradua, puede acarrear enfermedades graves y hasta la ceguera. Valerius cita el caso de un infeliz, preso durante cuarenta años en uno de los lóbregos calabozos de la Bastilla, que llegó á poder leer y escribir donde otro se creeria en la mas completa oscuridad, pero adquirió tal impresionabilidad, que habiendo sido indultado suplicó le encerrasen de nuevo, pues le era insoportable la impresion de la luz.

Frecuente es en las noches tempestuosas, en que reina la mas absoluta privacion de luz, la repentina, viva é intensa de los relámpagos haber privado á algun individuo de contemplar de nuevo el magestuoso espectáculo de la naturaleza, de ver el nuevo sol. Por los perjuicios que irroga, se esfuerzan tanto los higienistas en aconsejar se eviten en lo posible los cambios bruscos de mucha á escasa luz y vice-versa.

Los colores ó sea la descomposicion de la blanca luz del sol hieren al ojo segun su mayor ó menor intensidad y segun la costumbre que tengamos de mirarlos.

En general los colores muy intensos producen parecidos efectos á la luz muy viva, por el contrario el azul oscuro y el violado los producen mas análogos á la privacion de ella.

La aproximacion de los colores contrapuestos fatiga mucho mas la vista excitando mas el ojo que si los mismos colores los miramos aislados; por esta contraposicion, fatiga tanto la lectura algo continuada de las ediciones que llamamos buenas, en que el papel es muy blanco y lustroso y bastante negros los tipos.

La luz reflejada causa tambien notables perjuicios á nuestra vista; nada mas molesto que mirar en dias de sol las paredes muy blancas, los empolvados arrecifes, los vastos arenales, los terrenos cubiertos por los ampos de la nieve, esto es tambien causa de oftalmias graves y hasta la ceguera tan comun en los habitantes del polo por esta causa.

El continuado trabajo que hace estar al ojo en actividad por mu

cho tiempo, ocasiona las mismas enfermedades que la luz muy viva, así como el poco ejercicio produce contrarios efectos, llegando á hacer el ojo muy impresionable al lumínico y preparándole á enfermar, por lo que debemos hacer un moderado uso del sentido que tan grandes ventajas nos reporta.

El ejercicio continuado de mirar á largas distancias dá á la vision mayor fuerza; solo así se explica el que los marinos, los labradores y los que por lo regular tienen ante sí un gran horizonte, nos den minuciosos detalles de objetos que por lo distantes apenas nosotros distinguimos confusamente: los que adquieren el hábito de mirar á largas distancias si no se ejercitan en ver de cerca adquieren la presbicia, así como los artistas que trabajan en objetos pequeños y todos los que por lo regular se dedican á faenas en que la vision tiene un campo muy limitado adquieren la miopía, mas comun en los que se dedican á trabajos de gabinete que en las demás clases sociales.

El medio para evitar ambos extremos consiste en ejercitar la vista mirando alternativamente á diferentes distancias.

Aun á una paliada luz las faenas continuadas excitan el ojo y produciendo congestiones perjudican mucho, por lo que debemos siempre alternar el trabajo con el reposo para conservar en buenas condiciones sentido tan delicado y que tan inmensas ventajas nos proporciona.

Los benéficos efectos de la luz, sus incalculables ventajas, han hecho aconsejar á los médicos que debe desterrarse la costumbre general en las clases acomodadas de invertir la noche en sus trabajos ó diversiones y dormir de dia, sustrayéndose así de los tónicos efectos de la luz.

De la artificial, medio con que el hombre procura desvanecer en parte las tinieblas que durante la noche y en ciertos parajes aun de dia nos envuelven, no nos ocupamos en este artículo.

Damos término á él: hemos procurado poner de manifiesto los beneficios que la luz nos proporciona, las bellezas que merced al ondulante éter podemos apreciar, la alegría que su presencia nos comunica, el cambio que imprime á nuestro sér las impresiones que por él percibimos. Admiradores de ese portentoso flúido, entusiastas de cuanto encierra la naturaleza y por él conocemos, prendados de los maravillosos fenómenos que por su influencia se ejercen, nos hemos propuesto tratar de la luz. Solo sentimos no haberlo podido hacer con la extension que el asunto reclama.

ARQUITECTURA.

IX.

ARTE CRISTIANO.—ESTILO BIZANTINO.

Roma vencedora domina el mundo antiguo; su ley rige en todas partes, y la lengua del Lacio es ya la de todos los pueblos, dominados físicamente por la disciplina y valor de las legiones y moralmente por el asombro. Y mientras tanto, en un rincón ignorado de la tierra, entre los poderosos imperios de la antigüedad, rodeado por el Egipto, la Siria y la Grecia, sucede el acontecimiento más grande que han presenciado los siglos. Del cristianismo hablamos, de aquella nueva doctrina de un Dios único y verdadero, de aquella clara luz que vino á desencantar los fantasmas del paganismo, reduciendo á insensatos sueños, ó cuando más á ingeniosas fábulas, los sistemas mitológicos y sus imaginarias regiones.

Tan fecundo centro de verdad debía minar por su base el mundo antiguo y cambiar la faz del arte como la de la sociedad que aquel retrata. Así fue. Preséntase, pues, la arquitectura con un carácter distinto en su esencia del de las construcciones del arte pagano, si bien tardó algún tiempo en emanciparse por completo de las antiguas formas.

Los primeros materiales usados para el establecimiento de Roma, fueron extraídos de los terrenos inmediatos, con cuyo objeto se hicieron profundas excavaciones formando galerías, á veces de varios pisos, tal como hoy se practican en nuestras minas. Estos subterráneos son los que conocemos con el nombre de *catacumbas*, humilde asilo donde se refugiaron los primeros cristianos contra las persecuciones del imperio y para entregarse á la oración y práctica de los misterios de la nueva religión. Allí fueron los primeros templos y las primeras sepulturas de los que se convirtieron á la santa doctrina y aquellos lugares fueron más tarde venerados.

Volvió, pues, el arte á su cuna y vémosle nuevamente en las cuevas y en las grutas del modo que le hemos visto dar sus primeros pasos en todos los pueblos. Mas no estaba lejos la época en que la religión de Jesucristo debía manifestarse triunfante por todos los ámbitos de la tierra y el gran Constantino dá el ejemplo. Salen los cristianos de las catacumbas, hacen pública manifestación de sus creencias y consagran nuevos templos. Los gentílicos no podían acomodarse al nuevo culto y escojen las basílicas. La basílica *Porcia*,

la mas antigua de Roma, fue la primera que se habilitó para el culto cristiano. Constantino mandó erijir, con sujecion al mismo modelo, la basilica de San Pablo, extramuros de Roma.

En adelante nada detiene la rápida propagacion del cristianismo y Teodosio asegura su triunfo, haciéndose ya necesario levantar templos en todas partes y fundar iglesias propias. Esto dió origen á un nuevo género de arquitectura conocido en el mundo artístico con el nombre de *estilo latino* que fue solo el romano degenerado, pues se habian perdido por completo los principios que habian hecho la gloria de las escuelas de Grecia y Roma. La arquitectura en esta época trataba de responder á las necesidades del nuevo culto, pero no se habia despojado por completo de las creencias religiosas y políticas que abandonaba; las criptas y los baptisterios nos lo hacen comprender.

Sobre tres tipos distintos fueron construidas las iglesias latinas:

1.º La basilica romana cerrada, como la de Santa Inés en Roma, (siglo IV).

2.º La basilica romana abierta, como la de Santa María la Pinta en Palermo, (siglo VI).

3.º La basilica con reminiscencias bizantinas, como la de San Pablo, extramuros de Roma, (siglo VIII).

Constantino trasladó la supremacia imperial á Bizancio dando á aquella ciudad el nombre de Constantinopla, que mas tarde habia de ser capital del imperio de Oriente. Allí, la arquitectura de las iglesias cristianas sufrió algunas modificaciones esenciales, que cambiando el antiguo estilo de las basílicas, dió origen á otro, conocido con el nombre de *bizantino*. Sus formas principales son la redonda, octógona ó de cruz griega y las grandes cúpulas abovedadas. El templo de los Apóstoles, debido á Constantino, fue construido bajo esta forma, segun testimonio de algunos escritores de aquel tiempo. Al mismo emperador se debió la primitiva iglesia de Santa Sofia, destruida pronto y reedificada mas tarde (siglo VI), por el emperador Justiniano, segun las formas y estilo indicado, que desde entonces se extendió por todo el imperio de Oriente.

Otro de los caracteres distintivos de dicho estilo, son los dobles capiteles de sus columnas y cuya forma es la de pirámides truncadas adornadas de ordinario con líneas entrelazadas y follajes en bajo-relieve. Mas adelante tomó la arquitectura bizantina un marcado sabor oriental apareciendo con adornos mas caprichosos y de mas perfecta ejecución.

En el siglo VIII se verificó la fusion de los estilos latino y bizantino, resultando un nuevo gusto arquitectónico adoptado en Occidente, que tuvo el arco circular por carácter general, duró

hasta el siglo XIII y recibió distintos nombres según las épocas y lugares; pero toma el nombre genérico de *estilo romano-bizantino*.

Del siglo XIII al XVI tomó la arquitectura un nuevo carácter, aceptando el arco apuntado ó de dos puntos y la línea vertical y tomó el nombre de *estilo ojival*, vulgarmente llamado estilo gótico.

En el estilo romano-bizantino pueden distinguirse tres épocas:

1.^a En los siglos IX y X, el elemento romano ó latino fue el dominante, y el estilo se llamó simplemente latino ó primario.

2.^a En el siglo XI se halla completamente verificada la fusión de los estilos latino y bizantino, constituyendo el estilo romano-bizantino, propio ó secundario.

3.^a En el siglo XII aparecen los elementos del estilo ojival, aunque sin formar sistema, y se considera como estilo de transición ó terciario.

La historia de la arquitectura del estilo primario es incompleta por conservarse muy pocos edificios de aquella época. Sabemos, no obstante, que los arcos en este período son de medio punto, formados por dovelas, á menudo separadas por ladrillos colocados simétricamente. Estriban en las columnas cuando no están abiertos en los muros. Las bóvedas son de media caña, llamadas también de *cañon seguido*. Los vanos construidos en arco de medio punto, abiertos en el muro y rara vez sobre columnas. Las columnas son cuadradas y escasas veces cilíndricas. El capitel es comunmente un cono truncado inverso y liso ó queriendo remedar groseramente el capitel corintio. Las basas están constituidas por simples plintos. El entablamento carece de friso y alquitrave y la corona está sostenida por modillones de caprichosas y variadas formas. Las molduras presentan el carácter raquíptico del romano degenerado. La decoración es, en general, grosera y tosea y las combinaciones de los sillares con el ladrillo y el *opus incertum* dan motivo de ornamentación.

En el período secundario fueron notables los adelantos arquitectónicos; la influencia bizantina fue fecunda, mostrándose realizada la fusión que en los siglos anteriores no había hecho más que indicarse. Aparecieron cinco formas de arcos: el de *medio punto*, el *peraltado*, el *rebajado ó escarzano*, el de *herradura* y el *lóbulo* de tres á cinco lóbulos. El de medio punto toma mayores dimensiones y más atrevimiento en la construcción de las bóvedas, y estriba, ya sobre gruesas y macizas columnas cilíndricas, ya sobre pilares adornados con columnas embebidas por mitad. Las bóvedas se dividen en tímpanos, como para simplificar las dificultades de su construcción en grandes espacios; de aquí se originaron las bóvedas por arista reforzada por arcos que constituyen los llamados nervios, pudiendo ser éstos rectangulares ó de ángulos achaflanados. No bastaron los nervios

para el refuerzo y seguridad de las bóvedas y se construyeron los refuerzos para contrarrestar el empuje de las mismas. Esta necesidad la llenaron los contrafuertes bajo tres formas: como simples piés derechos ó postes de refuerzo, llamados por algunos *bandas lombardas*; bajo la forma de espolones adosados á los muros sin llegar á la cornisa y terminados en talud, ó bien los mismos espolones con retallos terminados en talud ó en fronton, y elevándose hasta mas arriba de la cornisa, siempre con la misma forma.

La parte de los edificios en que mas riqueza se empleó fue la puerta, formada de una série de arcos simples, como en la época anterior, estrechándose sucesivamente el vano, apoyándose en piés derechos con columnitas adosadas y adornándose los alquitraves con variedad.

Las ventanas tambien se adornaron con mas profusion que en la época anterior y afectaron distintas formas; ya fueron triangulares, ya en ojiva, ya en arco de medio punto, ya trilobuladas, ya rectangulares con el dintel sostenido por méculas y tambien se presentaron en agiméz. Algunas veces se hermanaron dos ó tres ventanas inscribiéndose en un mismo arco y abriéndose un ojo de buey en la enjuta. Las columnas fueron mas correctas, aunque se conservaron algun tiempo robustas, cortas y aisladas. Los capiteles se cubrieron de figuras monstruosas, á lo que llamaron *capiteles historiados*. Tambien figuraron en ellos elementos vegetales, pero groseramente trabajados. Las bases fueron bastante parecidas á las áticas y la exornacion en general ofrece mil variantes. La diversa coloracion de los materiales fue en este periodo motivo de decoracion.

El tercer periodo estaba destinado á perfeccionar este estilo y preparar á la vez la transicion al estilo ojival. Uno de sus principales caracteres son las ventanas en forma de roseton circular dividiéndose y subdividiéndose su luz por cruceros en forma de columnitas que partiendo del centro terminaron trilobuladas en la circunferencia. Las columnas son ya mas esbeltas, reuniéndose en haces que se destacaban casi completamente de los muros y tuvieron sus fustes mas adornados. Cayeron en desuso los capiteles historiados y fueron sustituidos por las combinaciones vegetales; el entallado se hizo mas profundo y en la ejecucion hubo mas destreza. Las basas se adornaron con florones, hojas de agua y trenzados. Los entablamentos tienen mas riqueza, y en esta época aparecen las *humbelas* y las *marquesinas*, y la profusion de adornos exige mayor número de formas y combinaciones; en general presenta el dibujo mas correccion y delicadeza.

(Se continuará.)

ANTONIO MARTORELL.

LA FAMILIA.

LECCIONES DE FILOSOFIA MORAL.

POR PABLO JANET.

(Continuacion.)

Decíamos en la última lección que el marido debe convertirse en ayo y maestro de su mujer fortaleciendo y perfeccionando su inteligencia. Mas la mujer puede á su vez tomar su revancha y acabar igualmente á su manera la educacion del hombre: ella puede á veces despojarle de su rudeza, quitarle ciertos hábitos, ó groseros ó vulgares, pulir sus maneras y hacerle, en fin, mas digno de la sociedad; sin suponer siquiera semejante desigualdad en la educacion del marido y de la mujer, no hay hombre, por cultivados que tenga el gusto y el ingenio, que no tenga algo que aprender de la mujer por la delicadeza de sus sentimientos. Es una justa compensacion de cuanto el marido crea poder exigir para sí en favor de la solidez de ideas y de la rectitud del criterio.

Mas tratemos de virtudes mas altas y mas difíciles. Aunque el hombre tenga la superior direccion de la familia y la soberanía absoluta de los negocios exteriores, nó es esto decir que se deba privar á la mujer de toda participacion en la vida activa de su marido: ella debe conocer sus negocios, comprenderlos, interesarse en ellos; debe estar en estado de dar su parecer; á ella la toca advertir, contener ó animar segun la ocasion. «Una esposa, dice madame de Remusat (1), debe complacerse en la conversacion de un marido ocupado en los negocios públicos. Puede tener que darle un consejo sobre su opinion si es miembro de una asamblea; sobre su libro, si escritor; sobre su voto si no es mas que ciudadano. Debe participar de sus proyectos; relativamente á los progresos de la ciencia, del arte ó del oficio que él ejerza: ilustrada y sensible, amorosa y prudente á la vez, casi siempre la razon se aplaudirá de haberla consultado y el amor la atribuirá una parte del éxito. Su afectuosa aprobacion aminorará la impresion de los juicios lijeros ó severos, y adelantará á veces tambien por medio del entusiasmo aquella esti-

(1) *Ensayo sobre la educacion de las mujeres*, pág. 99.

macion necesaria que el mas justo no obtiene jamás de los hombres tan pronto como la ha merecido.»

Mas sobre todo, cuando el hombre halla obstáculos y peligros en su camino, entonces es cuando mas necesidad tiene de los cuidados y la pasion de la mujer. El hombre tiene en especial la fuerza que concibe y ejecuta, pero no siempre tiene la que sufre y espera. El mal éxito le agria y le irrita, todo lo cree perdido por una desgracia, y trastornaria el mundo por una injusticia. La mujer, mas viva sin duda, y cuyas primeras impresiones son mas exaltadas, vuelve mas pronto á la realidad de la vida ordinaria; y, aun cuando solo fuera por amor á su marido, está mas dispuesta que él á la paciencia y á la abnegacion. No tiene la fuerza que emprende, pero sí la que ayuda y conforta, y en las grandes crisis, la que levanta. Hay una profesion en la cual la mujer está particularmente unida á las vicisitudes del marido: el comercio. ¡Qué de ocultas virtudes, qué de lágrimas devoradas, qué de sacrificios ignorados en esas trastiendas que el mundo desdeña! En un libro al cual no temo calificar de bello, aunque sea una novela, y de un autor que las ha hecho muy malas, novela cuyo asunto es la historia de la grandeza y de la decadencia de un comerciante, hay un papel de mujer admirable, llena de prevision, de prudencia, de consejos en la prosperidad, llena de muda ternura, de consuelos y compasion en la caida, llena de heroismo y abnegacion en la adversidad. Procura por de pronto evitar el desastre, endulza su amargura cuando se ha hecho inevitable, trabaja por repararle cuando se ha realizado. Este papel es sobremanera verdadero; mas no es únicamente en la vida del comercio en la que la mujer está llamada á jugar este gran papel: toda clase de vida tiene ó puede tener sus crisis, sus caidas y sus desastres.

La desgracia es la escuela y el triunfo de la mujer. Ved una jóven, la habeis perdido de vista durante algunos años; era jóven, risueña y frivola: la tornais á encontrar y es grave, sensata, llena de experiencia, juzgando sanamente los hombres y las cosas: la desgracia la ha formado. En la época de la Revolucion, las mujeres que reinaban en los salones no eran notables; en general, mas que por la frivolidad de su ingenio y la liviandad de sus costumbres: ante la muerte, en el destierro, en la pobreza, desplegaron las mas admirables cualidades. En la desgracia y en la humillacion es donde es preciso ver resplandecer la grandeza de la mujer, y no en la brillante y vana soberanía de los salones.

La mujer no tiene únicamente la facultad de sostener y levantar, sino que además tiene la de consolar. La naturaleza, que la ha dado el don de las lágrimas, la ha dado al par el de los consuelos.

La mujer posee una facultad maravillosa para hacer tornar al lábio la sonrisa cuando el corazón está destrozado. Por una suerte de generosa hipocresía, hace renacer en su derredor la paz que ha perdido, y sufriendo ella misma una incurable herida, endulza y cura, en cuanto está en su mano, las heridas de los que la rodean.

Y no es esto todo; la mujer es en cierto modo la conciencia de la familia. Aquí debo hacer una observación que entrego á vuestro exámen. Parece, en efecto, que la mujer, que tiene el ingenio mas vivo y mas fino que el hombre, deba igualmente tener la conciencia mas viva y mas delicada: sin embargo, justo será decir que esto no siempre es absolutamente cierto. Todos los dias, cuando el hombre comete faltas en la vida pública, oímos atribuir las á la influencia de las mujeres, y es cierto que algunas, aun de las mas distinguidas, no son muy escrupulosas respecto de las obligaciones que salen de la vida de la familia: los intereses generales no tienen gran valor á sus ojos: todo lo que no es la familia les es demasiado extraño, y creen casi de su deber amortiguar la conciencia y los principios del hombre público. La mayor parte de las mujeres tienen una ambición completamente exterior que concede mas valor á la grandeza de la posición, que no á la solidez de la estimación. Prefieren de ordinario el trabajo que produce al que honra, al que hace ilustre. Ellas no saben que hay algo superior á la misma familia: la justicia y la dignidad. No se debe culpar á la mujer de estas falsas ideas: la falta no está en ella, sino en una educación un poco superficial, aunque muy recargada, que no desenvuelve en ella lo bastante las ideas generales y elevadas (1).

(1) Estos pensamientos me han sido impugnados por algunas personas distinguidas, á las que seguramente no eran aplicables. Quisiera que tuvieran razón. Además yo no he negado que existan numerosas excepciones. No he querido indicar sino una enojosa tendencia. Mas para explicar y confirmar mi pensamiento, no hallo cosa mejor que dos pasajes tomados de la correspondencia recién publicada de un eminente escritor: «Veo un gran número de mujeres que poseen mil virtudes privadas, en las que la acción directa y bienhechora de la religión es ostensible, que gracias á ella, son esposas muy fieles, amas de casas justas é indulgentes con sus criados, caritativas con los pobres; pero en cuanto á aquella parte de los deberes que se relacionan con la vida pública, parece que ni aun idea tienen de ellos. No solamente no los practican por sí mismas, sino que ni aun tienen el pensamiento de inculcárselos á aquellos sobre quienes ejercen influencia. Es un hecho de la educación, que es para ellas como invisible. No sucedía así en tiempo de aquel antiguo régimen, que en medio de muchos vicios, conservaba nobles y varoniles virtudes.» (Tocqueville, *Correspondencia*, t. II, pág. 340.) En otra carta, Mr. de Tocqueville está menos duro. Reconoce que hay mujeres que poseen el sentimiento de los deberes públicos; pero persiste en afirmar que hay otras, y en mayor número, que no tienen idea alguna de esta suerte de deberes. «He visto cien veces, dice, en el curso de mi vida, á hombres débiles mostrar verdaderas virtudes pú-

Mas, si la mujer no es siempre un guia tan imparcial y recto como fuera necesario en los asuntos de la vida exterior, es admirable para llevar la pureza y el orden al interior. Cuando el marido se extravía, cuando compromete la familia por sus desórdenes, á la mujer la toca reconquistarle por medio de las armas dulces y poderosas que la naturaleza y el amor han puesto entre sus manos. Sin duda que no es esta una fácil empresa y mas de una mujer desanimada cede y renuncia desde el primer choque. ¡Qué decepcion, en efecto, para una persona que nada sabe de la corrupcion humana, y cuya inocencia apenas cree en la existencia de los vicios, el encontrarse esos mismos vicios en el sér á quien debe obediencia y respeto! Cuanto mas altas y puras ideas se le hayan inspirado sobre la santidad de la familia, de tanto mas alto cae, y se ve cerca de la desesperacion, cuando se tiene que confesar que aquel á quien debe venerar merece el desprecio de los otros ¡Qué combates y qué division en esta alma desconcertada! ¡Cómo conciliar su razon y su deber? ¡Cómo ahogar esa voz interior que grita traicion? Si amas ¡cuán terrible caida! y si ella no ama, ¡cuánto mas terrible todavia! Mas si la mujer cede á ese desaliento, todo se ha perdido; y aquí es cuando no se puede desear bastante que una jóven lleve al matrimonio una gran experiencia; no que sea preciso asustarla inoportunamente y mostrarla á cada paso precipicios; pero acaso seria un bien que estuviera bastante preparada á las pruebas de la vida para no sucumbir al dolor del primer desencanto y no destruir por sí misma sus últimas probabilidades de dicha por medio de violencias tan inoportunas cuanto irreparables.

Mas es raro que la mujer renuncie en seguida á la esperanza de devolver el orden y la ventura al hogar doméstico. Su vivo natural, que se abate fácilmente, se levanta con la misma facilidad, y su primer pensamiento es luchar con valor. Pero lo que usa y amortigua este valor, es el mal éxito. Y sin embargo ella no debe renunciar sino despues de haberlo agotado todo. La paciencia, la ternura, las lágrimas, la jovialidad, el silencio, todo se convierte en armas

blicas, porque se habia hallado á su lado una mujer que les habia sostenido en esta senda, no aconsejándoles estos ó los otros actos particulares, sino ejerciendo una influencia fortificante sobre la manera como debian considerar en general el deber y la ambicion. Mas á menudo, preciso es confesarlo, he visto el trabajo interior y doméstico que trasformaba poco á poco un hombre á quien la naturaleza habia dotado de generosidad, de grandeza, en un ambicioso cobarde, vulgar y egoista, que, en los negocios de su país, acababa por no ver mas que los medios de convertir su posición particular en cómoda y desahogada. ¿Y cómo sucedia esto? Por el contacto cotidiano de una mujer honrada, esposa fiel, buena madre de familia, pero por la que la gran nocion del deber en materia política, en su mas enérgico y levantado sentido, habia sido siempre, no diré combatida, pero sí ignorada.» (*Ibid.*, pág. 349.)

entre sus manos; aunque no haga mas que detener el mal y combatir sus progresos, no habrá perdido sus cuidados; y además no es al éxito á lo que debe atender sino al deber.

Lo mas difícil para una mujer que lucha contra los desórdenes de su marido, es conciliar las justas consideraciones que le debe siempre con la aversion que no puede evitar de tener á sus vicios. Una mujer mediana ó perversa no dejará de hallar en esto un pretexto para usurpar la autoridad: hay casos sin disputa en que tal extremo se hace necesario; pero, en general, no es este el camino para atraer al marido extraviado.

Háse defendido en la mujer el derecho de pagar las sinrazones del marido con otras iguales. Nada mas funesto que semejantes principios; no necesito decir que la infidelidad no produce iguales consecuencias en la una que en la otra parte: además el mal no justifica el mal. No conozco mas que dos lineas de conducta que sean dignas de una esposa engañada: una valerosa clemencia, en tanto que el mal es reparable, y cuando ya no lo es una noble resignacion.

La resignacion, hé aquí una virtud bien triste; nada tiene que hable á la imaginacion; carece de brillantéz; algunos la llaman cobardía, no goza del favor de los hombres, y rara vez obtiene recompensa. Y sin embargo, es la última palabra de la vida de la mujer cuando despues de haberlo agotado todo, se vé forzada á renunciar á la ventura. Pero ¡cuán débiles y ciegas son las opiniones humanas! Cuánta mas grandeza no hay en esta silenciosa paciencia, y en esta exclusion de toda ilusion, que no en los arrebatos de una cólera impotente y en las fáciles represalias de la traicion.

No llego hasta decir que la esposa deba soportarlo todo, hasta los malos tratamientos y el desprecio; la ley viene en su socorro cuando la carga es demasiado pesada para soportarla; ni la moral, ni la religion prohiben á la mujer de salvar los últimos restos de su ventura condenándose á la soledad. A menudo hasta el interés de los hijos exige semejante separacion: que la responsabilidad recaiga entonces sobre quien la haya hecho necesaria! Mas ya sea que la mujer, apoyada en la ley, sacuda el yugo de una insoportable esclavitud ó ya que con un heroismo mas grande aun, soporte valerosamente su martirio, nada puede contra el destino: la está negado todo consuelo que no sea el de la virtud ó el de la maternidad. Confieso que á tal punto la virtud no se basta á sí misma; necesita de un punto de apoyo; y yo no veo otro como no sea el sentimiento religioso. La piedad, tan conveniente al corazon del hombre, tan conveniente al corazon de la mujer, tan conveniente en la alegría, tan conveniente en la adversidad, es la sola arma que puede proteger contra las tentaciones de rebelion y á la mujer contra sí misma y contra las tentaciones de la rebelion y de la venganza.

Hé aquí el ideal que propondríamos gustosamente para la vida de la mujer: administrar el interior con orden y elegancia, dirigir á los criados con firmeza y humanidad; elevarse al nivel del marido por medio de una buena educacion, participar el interés de sus pensamientos y de su carrera y recrear sus ocios con las gracias de un ingénio embellecido; aconsejarle, sostenerle, reanimarle, consolarle, si se extravía devolverle á la familia, purificar cuanto la rodea por su propia pureza; y si todo se ha perdido, si se halla reducida á un amor sin esperanza, ó á una virtud sin estima y sin amor, salvarse de sí misma por medio de una piadosa resignacion: hé aquí el verdadero ideal de la mujer, el único que conviene á su alma tierra y noble, el único que la deja todo su encanto sin quitarla nada de su nobleza y de su dignidad.

Y sin embargo, se ha propuesto á la mujer, otro ideal, otras esperanzas, otro porvenir. Hásela dicho que la vida pacífica era solo para las almas pequeñas, pero que las almas libres y grandes tienen otras leyes. Hásela mostrado el deber como una convencion y la virtud como una debilidad: se ha hecho brillar á sus ojos yo no sé que sueño de felicidad, del cual están excluidos los placeres moderados, las afecciones inocentes, las austeras dulzuras de la intimidad, los deberes graves y las bellas virtudes. Para decirlo en fin todo, se la ha hecho creer que no habia grandeza mas que en la pasion. Predicaciones insensatas que han causado en las almas profundas heridas. Los que han sacudido el yugo encuentran en estos principios una orgullosa justificacion; los que están en la pendiente deslumbrados y fascinados, son insensiblemente arrastrados al fondo del abismo; en fin, los felices y los ignorantes sacan de allí, sin saberlo, gérmenes que crecerán, fructificarán, envenenarán acaso un dia las almas nacidas para el bien, las que sin las fatales luces que se les ha proporcionado de las tempestades del corazon, habrian proporcionado el armonioso curso de una existencia pacífica é inocente.

¿Es esto decir que se prohiba á los escritores pintar la pasion? No, pero les está prohibido el darla la razon. Ahora, yo pregunto ¿no tiene la pasion siempre razon en vuestros libros? ¿No es ella la sola noble, grande, santa? ¿No es ella la reina, el idolo, la divinidad? ¿Todo lo que no es la pasion no es egoismo, frio cálculo, convencion, hipocresia? Así cambian los extravíos con los siglos: en el diez y ocho se celebraba el placer; en el diez y nueve se diviniza la pasion: ¿esto es un progreso? no lo sé; porque si la moral del placer rebaja, enerva, bastardea las almas, la moral de la pasion las quema, las seca, las devora.

Encontraré yo, señores, palabras, no digo bastante fuertes, sino por el contrario bastante templadas para pintar el cuadro de la pasion

en la familia? Ni siquiera lo ensayaré: pintar la pasión con rasgos demasiado vivos y demasiado exactos, aunque sea para proscribirla, es favorecerla. Me contentaré de tomar para reasumir este cuadro una línea admirable de ese libro del que se ha dicho que es el mas bello que ha salido de manos de hombre, puesto que el Evangelio no ha salido de ellas. Permitidme de citaros esta línea en el mismo texto, en ese admirable latin bárbaro tan preciso y tan enérgico. *Nunc primum occurrit simplex cogitatio, deinde fortis imaginatio, postea delectatio, et motus pravus, denique assensio*: «Primero asalta el pensamiento, luego una vida fantástica, despues el deleite y un mal movimiento, y al fin el consentimiento.» ¡Qué conocimiento del alma tenia este místico desconocido, que, desde el fondo de una celda monástica, pintaba en términos tan concisos y tan patéticos toda la historia de las pasiones humanas!

Hé ahí el mal: ¿cuál es el remedio? El mismo libro nos le enseña tambien: *Circa initium vigilandum est*: «Vigílese al principio» Y sin embargo, al principio es cuando se vijila menos: ¿qué significa una sonrisa, qué una palabra amable? Pero, *quanto diutius ad resistendum quis torquerit, tanto in se quotidie debilior fit et hostis contra eum potentior*: «Cuanto mas el alma se duerme y se entorpece, tanto mas la voluntad se torna débil y el enemigo poderoso.» El alma que ha encontrado en un principio en la debilidad del enemigo un pretexto para descuidarle, encuentra en seguida en su fuerza un nuevo pretexto para sucumbir: y así se halla dividida y sucesivamente vencida por dos sofismas; primero «no vale la pena,» y en seguida «es demasiado tarde.» Mas estos dos sofismas no deben vencer nuestro valor: jamás es demasiado pronto, jamás es demasiado tarde para salvar la paz del alma ó devolver la honra al hogar.

Pintando el destino de la mujer en la familia, la pureza, la belleza, la grandeza de este destino, marcando con el oprobio á la pasión sino con la fuerza que hubiera podido, en la medida que convenia á tal concurso, ¿á quién me he dirigido? á vosotros, señores, á vosotros jóvenes, que teneis madre, hermanas, y que tendreis un dia esposa á quien hareis partícipe del peso de vuestros extravíos y de vuestros infortunios. He querido inspiraros uno de los sentimientos que protejen mas en el hombre la nobleza del corazón; hablo del respeto á la mujer; y permitidme terminar citándoos una frase que tomo aun de este antiguo libro indio de que os hablaba el otro dia y al que tengo cariño porque está lleno de razones ingénuas y patéticas: «Cuando las mujeres están honradas, las divinidades están satisfechas.»

(Se continuará.)

EN LA PLAYA.

(Impresiones y recuerdos apuntados en mi álbum.)

¡Qué hermosa es esta soledad! el mar azulado y tranquilo, el cielo trasparente y puro.... cuadro encantador para servir de orla á un alma feliz.

¡Qué sentimiento tan melancólico inspira esta playa! el profundo y lejano ruido de las olas, el leve soplo de la brisa vespertina acariciando mi frente abatida por el infortunio.... y qué recuerdos no lleva á mi imaginacion esta escena imponente, grandiosa, sublime como todos los espectáculos mudos de la naturaleza.

Otras veces.... hace dos años sentado yo sobre esta misma roca, cerca de estas ruinas, pensaba en mi querida Laura, soñaba en su amor, y presagiaba una era de ventura al corazon si la inmensidad del sentimiento encontraba eco dulce y prolongado en su alma virginal y purísima. Para mí trascurrían entonces las noches en un delirio eterno de amor; noches de dulce misterio en que la existencia se perdía en un suspiro, en el rayo de la luna, en el murmullo de la suave onda que venia á morir á mis piés.

Hoy.... Aquí cerca existen las ruinas de un palacio árabe; en su seno hace algunos siglos un musulman apuraba el nectár del placer y se embriagaba contemplando los rasgados ojos de su sultana; bajo sus artonados techos, un infiel bebia torrentes de felicidad en los lábios rojos de su mora. ¿Qué resta de aquello? ¿qué resta de mis sueños? Un monton de ruinas salpicadas por la brillante espuma de las olas; un recuerdo, una espina.

¡Cuántos secretos guardarán estas piedras, estos trozos de columnas, estos pedazos de arcos ojivales, estos relieves mutilados que el musgo revistió, restos todo de una generacion que fue! Tambien mi corazon guarda un monton de escombros entre los cuales existen recuerdos que laceran, que matan, por la intensidad de la pena.

Esas pintadas gaviotas que pasan rozando sus blancas alas sobre la cresta de las olas, esta brisa, este murmullo, esta soledad; cuántas veces habrán inspirado dulce melancolía á las almas apasionadas! Aquí lejos del mundo y sus goces, que secan el corazon; entre la inmensidad del cielo y la inmensidad del mar, el pensamiento despliega vigoroso sus alas por el infinito, y el espíritu ensimismado presente el amor de los Angeles; amor siempre antiguo y siempre nuevo, amor que no hace penar, amor que no hace verter lágrimas de las que

cáyendo sobre el corazón marchitan sus ilusiones y agostan sus esperanzas.

¡Cuán felices serian dos amantes colocados sobre estos peñascos húmedos por las olas! ¡Y cómo trascurrirían las horas, breves como las del placer, fugaces como las de un sueño de amor!

Sentados sobre estas rocas se adivina la grandeza de Dios, la excelcitud de su omnipotente poderío, la sublimidad de sus maravillas creadas; es que la naturaleza desnuda, es que la creación silenciosa, es el lenguaje de la Divinidad.

Del seno del mar se levanta una armonía cadenciosa, salvaje, como el lánguido rugido del chacal que fenece, como el ritmo acompañado de las hordas del desierto. Es el concierto de la naturaleza que encuentra eco en las borrascas del corazón. ¡Sublime correspondencia! El hombre encierra en su alma todo lo que de grande hay en la creación; su sentimiento es capaz de comprenderla, su imaginación puede abarcarla, su espíritu es un destello de la esencia de la Divinidad; ésta pudo crear, aquel sabe comprender sus obras admirables.

Han pasado algunos momentos; una ola furibunda ha venido á estrellarse sobre las ruinas rociándolas con su blanca espuma; no de otra manera las pasiones asaltan muchas veces las ruinas de un corazón que duerme; ¡por qué éste ha de sentir con vehemencia, lo que en vano trata de disipar la cabeza? Cuán bien se ha dicho que el corazón humano es un misterio, que su historia es la historia de la humanidad, que las fases de su existencia son tan multiplicadas como incomprensibles.... Mas no; es inútil empeño querer filosofar, que no se aviene esta soledad misteriosa con el severo análisis de la razón, con el frío cálculo del raciocinio; porque el espíritu sufre quiero distraerle, quiero pensar y no puedo; el alma se evapora, se dilata como una atmósfera de luz sobre el horizonte lejano.

Aquí duermen los sentidos, aquí no puede vivir el pensamiento; á sus expensas el sentimiento toma proporciones gigantescas, el espíritu se hace mas ligero, y como una exhalación, como el perfume del Océano, vuela por las regiones de lo inmortal, y aun allí se asfixia, no puede saciar su ansiedad, siempre creciente, hasta llegar al seno de Dios, de Dios que es amor, cuya penetrante mirada engendró el rayo, cuya voz poderosa formó el trueno, cuyo soplo infinito hace rugir las tempestades.

La noche ha llegado ya; la tierra se halla envuelta entre tinieblas; el mar continúa apacible; mil mundos brilladores tachonan el azul oscuro del firmamento trazando sus admirables órbitas con sorprendente magestad; la luna riela tranquila sobre la superficie movediza de las aguas, simulando un lago inmenso de plata que se agita;

las ruinas del alcazar proyectan sombras caprichosas é indefinibles; diríase que un guerrero de formas colosales reposa allí de la fatiga, rota su espada y su casco, su escudo y su lanza; el aura nocturna aletea entre el follaje del lejano bosque y su fresco hálito me hace estremecer.

Ante un espectáculo tan sublime vienen á mi imaginacion las grandiosas escenas que ha presenciado en el corto espacio de breves horas, y con mis recuerdos de ayer y mis impresiones de hoy, me siento menos mal; he sufrido en ellas y he gozado tambien; es que hay sentimientos tristes y padecimientos grandes, en cuyo fondo se destaca un algo, un no sé qué de poesía vaga y melancolía indefinible que se desea y se rechaza, que se ansia y se repele que hace gozar mucho, y sin embargo deja una huella en el corazon que el tiempo tarda tambien en borrar. Por eso en estos momentos casi soy feliz; lo seria del todo si poseyera lo que tanto añelo.

Me falta Laura; ella sentada á la orilla de este mismo mar acaso sueñe y recuerde en este instante.

¡Pudiera yo tenerla á mi lado y hacerla sentir como yo siento! Nuestros corazones latirian unísonos; nuestros suspiros se fundirian en uno; nuestras almas serian dos cuerdas de un arpa eolia.

El céfiro nocturno produciria en ellas un acorde delicioso; armonía sublime y enbriagadora que naceria en la tierra para perderse en el cielo.

M. C.

Agosto de 1867.

ALBUM POÉTICO.

Á MI DISTINGUIDO AMIGO

DR. D. URBANO LOLUMO BARRIO,

EN EL DÍA DE LA CELEBRACION DE SU PRIMERA MISA.

SONETO.

No de un conquistador domando al mundo,
 No de un monarca subyugando al suelo,
 No de un arcangel morador del cielo
 Es tu poder y gloria sin segundo.

Pues ¿qué arcangel ni rey, gusano inmundo,
 Ante el Dios de Sabahot, podrá en su anhelo
 Hacerle descender á este de duelo,
 De llanto y sinsabor valle profundo?....

Si, pues, esa potencia desmedida
 Que al mundo asombra y que al averno aterra
 Te fue por tu ventura hoy concedida,

Por muchos lustros con el antro en guerra
 Enaltece con lengua bendecida
 Tu mision la mas santa de la tierra.

M. CANDELA.

28 Setiembre 1870.

MEDITACION.

El sol traspone ya: tibia la luna
Del seno surje de los anchos mares
Y trepa al cielo azul
A presidir á la callada noche
Desde su trono de flotantes nubes
De trasparente tul.

Tras largos vuelos las cansadas aves
Retornan á sus nidos protectores
Callado su trinar,
Y dispersas las bandas de gaviotas
A los mástiles huyen solitarios
Sobre el desierto mar.

Tropel liviano de aromadas brisas
Desátase agitando los espacios
Con besos mil de amor,
Y bulle al par en sus revueltos pliegues
De mar, rios, torrentes y cascadas
El desigual rumor.

La noche en tanto por el cielo avanza
Envolviendo en su manto de tinieblas
La vespertina luz,
Y gigante, entre sombras adormido,
Velado el orbe en los espacios flota
Por funeral capuz.

Todo es silencio en redor
E imponente oscuridad:
Del mar, solo, aterrador
El tumultuoso fragor
Se cierne en la inmensidad.

Tal vez se escucha el torrente
Que á lo lejos se derrumba,
Del rio la igual corriente,
O el bullir de alguna fuente
Que en valle apartado zumba.

O caso el rudo graznido
De ave ronca en lontananza
De alguna fiera el rugido
O el monótono zumbido
De algun insecto que avanza.

Sus castos broches cerrados,
No dan aroma las flores;
Ni dan perfumes los prados,
Ni del amor acordados
Suspiran los ruiseñores.

Que es él de la luz cantor,
Y muerta la luz del día
Ya no place al ruiseñor
Poblar la sombra vacía
Con sus cánticos de amor.

Todo sér reposo anhela;
Solo la luna riela
Y halla sobre el mundo inerme,
Si una materia que duerme
Un espíritu que vela.

Y ese espíritu ardiente que anhelante
Agítase y se obstina en vela inquieta,
Es el alma febril y delirante
Que preside á la vida del poeta.

No preguntéis su afan al manso lago
Que el puro cielo en su cristal retrata:
Su afan es la inquietud del viento vago,
Es la huida de excelsa catarata.

Es el combate de la mar bravia
Estrellando entre rocas su oleaje,
Es desecho huracan que en noche impía
Las selvas barre con furor salvaje;

Es el rayo candente de luz roja
Que atraviesa rasgando el duro suelo
Y que la tierra de su seno arroja
Y devuelve el volcan al alto cielo.

Por eso, en su inquietud, fuera se lanza
De este abismo sin luz en que se mira,
Y otros mundos, al ver, en lontananza,
Por nuevos mundos con afán suspira:

Y águila audáz que los espacios hiende
De otros en busca sin lindel prescrito,
En la noche derrámase y se extiende
Por la inmensa region del infinito.

Y sus alas potentes desplegando
De astro en astro se cierne en raudó vuelo
Y atrás los astros en su ardor dejando
Penetra, al fin, en el ignoto cielo.

Y allí en la esencia de su Dios se abisma,
Y allí en la esencia de su Dios se embriaga
Y de Dios en la esencia se ensimisma
Y en Dios su sed de lo infinito apaga.

Y en alas al surcar del torbellino
El éter inflamado entre que voga,
Encuentra que su ser casi divino
Dó los mundos se espacian.... aun se ahoga!

• • • • •
¡Salve, Señor! tu nombre es un abismo
Que el débil hombre á sondear no alcanza:
Eterno como tú, solo tú mismo;
Fuera de tí, Señor, todo es mudanza.

Sonó tu voz, y desplegóse el cielo,
Dió paso el ancho mar al continente;
Giró sobre sí mismo el duro suelo
Y brotó en el espacio el sol ardiente.

Muda ante tí la creacion se inclina;
Tiembla el orbe á tu voz de espanto lleno;
Y tu nombre el relámpago ilumina,
Lo esculpe el rayo y lo publica el trueno.

Si ronca brama tempestad rugiente,
Tú la prestas, Señor, tu aliento sumo;
Y tú al volcán cuando su lava ardiente
Al cielo arroja entre torrentes de humo.

Siempre sumisa á tus ignotos planes
Crece ó mengua la mar, se amansa ó ruge
Y tiemblan ante tí los huracanes
A cuyo impulso el orbe oscila y cruje.

Por tí el roble corona la montaña,
Brotó la fuente de la hendida peña,
Yergue su tallo la amarilla caña
Y el torrente entre riscos se despeña.

Tú señalas su órbita á los soles;
Tú das vida á la flor en sus capullos;
Tú á la aurora sus puros arreboles;
Tú á las brisas sus plácidos murmullos.

Tú á los cielos su luz y su alegría;
Tú á la tierra su mágico ornamento;
Tú á las aves su voz y su armonía;
Tú á los mundos su armónico conciento.

Tu bondad es del justo la corona;
Tu justicia el azote del perverso;
La creacion tu excelsitud pregona
Y es estrecho á tu gloria el universo.

No es del hombre, Señor, cantar tu gloria
Y osa apenas su labio hasta tu nombre....
Solo la eternidad sabe tu historia
¡Cuándo será que la descifre el hombre!

M. GENOVÉS.

SONETO.

(Á CELIA.)

Cantan las aves en alegre coro
Cuando entre nubes de azucena y grana
Descoje el sol con pompa soberana
La melena de luz en rayos de oro;

Mas si esconde el riquísimo tesoro
Entre las ondas de la mar cercana
Al nido se recoje la liviana
Turba y suspende el cántico sonoro:

Suena mi voz tambien con alegría
Si gozo de la luz de tu belleza,
Si responde tu voz á la voz mia;

Mas ausente de ti, con aspereza
El placer de mi pecho se desvía
Y enmudezco y suspiro con tristeza.

A.

LA CRUZ DE LOS ARREPENTIDOS.

LEYENDA.

En la ciudad de O... existe una hermosa biblioteca que perteneció á los padres dominicos, y cuyas obras, á consecuencia de las vicisitudes de la época y de otras causas que no son del caso, se encuentran en el día la mayor parte incompletas, y todas en el mas espantoso desórden. En los abrasadores meses del estío del año de 1852 me hallaba en aquella ciudad, y no sabiendo en qué pasar el tiempo, é instigado además por mi genio curioso y escudriñador, me dirigia todos los días á la susodicha biblioteca, donde pasaba las horas muertas revolviendo empolvados infolios y apolillados volúmenes. Hizo la fortuna, que se topa donde menos se piensa, que diese un día de manos á boca con un libro en octavo que escitó desde un principio mi curiosidad, por sus tapas de pergamino raído con manchas de color de rapé, y su lomo adornado de rojizas letras góticas; le sacudí cuatro puñetazos con el objeto de quitarle, si era posible, el polvo, y terminada que fue esta difícil operacion, me determiné á examinar su contenido. Abríle, pues, con sumo cuidado, y en la primera página encontré escrito lo siguiente: «Notables acaecimientos, relaciones verídicas, que van en boca del pueblo, recogidas por fray Antonio Tragaldabas, de la órden de Santo Domingo.» No pudo menos de admirarme el título, y lleno de curiosidad no dilaté un punto su lectura: al cabo de cuatro horas mis ojos habian recorrido desde la primera á la última página, causándome no poco contento; porque el libro en cuestion era un manuscrito donde habia recopiladas una porcion de tradiciones populares. *La Cruz de los arrepentidos*, curioso lector, es una de ellas; buena ó mala ahí la tienes; si la aplaudes ó la vituperas no me importa, porque la gloria ó el escarnio corresponden en justicia al respetable Tragaldabas.

I.

Vivian en la villa de Niebla, situada en la provincia de Huelva, un conde rico como el que mas, valiente y de edad bastante avanzada; pero cuyo nombre no ha trasmitido la tradicion. Rodeado de criados y de perros, entre los que dividia sus puntapiés y sus juramentos, su único placer y su única distraccion era la caza, á la que se entregaba

con avidéz: pasaban dias y dias sin volver á su morada, y esta era buena señal, porque indicaba que el noble se divertia; otras veces por el contrario, el señor conde no queria poner un pié en la calle; pero en cámbio los ponía sobre las espaldas y posaderas de sus criados que sufrían sin chistar tan paternales caricias.

Pero sin embargo de todo esto, el caballero se aburría, y el pobre hombre se devanaba los sesos pensando de qué modo alejaria de sí el fastidio; la caza no le distraía completamente, porque en toda su vida habia hecho otra cosa, y lo mucho cansa; la guerra.... sin duda él se marcharia á la guerra; pero como no la habia, no podia ser: el estudio no se le ocurrió jamás, porque no sabia leer, cuanto menos escribir, y ni siquiera pudo comprender nunca de qué podían servir ambas cosas á los hombres; hubo dias en que salió á la puerta de su casa y dió de palos á todos los que tenían el atrevimiento de pasar por allí para ir á sus quehaceres; en otros despachó media docena de perros, y hasta llegó á pensar en hacerse bandolero, y salir, con el único objeto de distraerse, á pedir á los caminantes la bolsa ó la vida. Por último, un dia se levantó muy contento, ya habia dado con el quid de la dificultad, de aquí en adelante no volverá á aburrirse. Aquella noche habia pensado (cosa rara en él) que lo único que debia hacer era casarse; casarse con una mujer jóven, bonita, esclava de sus caprichos.

Y como lo pensó lo hizo: al poco tiempo el viejo conde casó con Luisa, hermosa niña de 16 años, hija de un noble de las cercanías. Luisa era una pobre jóven que aborrecia al conde de todo corazón, y que hizo cuanto pudo para deshacer tan funesta boda; se arrojó á los piés de su padre, lloró, suplicó le dijo que no amaba al conde, que no podia amarle jamás; pero el padre, que no podia comprender cómo su hija se oponía á sus órdenes, le contestó siempre con imperioso acento: obedece; es mi voluntad. Y su voluntad, en efecto, se vió satisfecha: su inocente hija casó con el duro conde á quien aborrecia; pero en cámbio su padre vió con orgullo enlazarse su familia con la mas noble de todo el contorno.

Ya habia pasado algun tiempo desde el casamiento de Luisa con el conde: éste no habia abandonado sus hábitos brutales, y trataba á su pobre esposa con el mayor desprecio; Luisa sufría resignada sus continuos insultos, y devoraba en el silencio y en la soledad sus pesares y sus lágrimas. ¡Pobre niña! ¡Nacida apenas al mundo, con un corazón virgen lleno de amor y de ilusiones, y enterrada viva en un silencioso castillo á merced de un hombre como el conde! ¡Y allí, entre cuatro denegridos muros habia de consumirse su existencia; sin ver mas luz que la que entraba por las ojivales ventanas, ni mas rostro que el del aborrecido esposo, sin mas sirvientes que estúpidos

vasallos, ni mas amor que el del cielo, ni mas esperanza que la de la tumba! ¡Pobre niña! ¡Oh! ¡la tradicion no ha conservado el nombre del padre ni del esposo, y ha hecho bien, porque el pueblo que no guarda rencores, el pueblo generoso quiere, mejor que maldecir, olvidar hasta el nombre de los seres execrables.

Pero estaba escrito en el inmenso libro del porvenir que las cosas no habian de continuar en tal estado: á los pocos meses del casamiento vino á alojarse en el castillo un sobrino del conde; este sobrino se llamaba Ricardo.

Ricardo era el reverso de la medalla de su tio; de elegante figura, de finos modales, jóven, dotado, en fin, de todas las prendas que pueden embellecer á un hombre. Ricardo vió á Luisa y la amó; Luisa vió á Ricardo y le amó tambien. Pero estos dos seres que habian nacido el uno para el otro, no se atrevian á manifestar lo que sentian en el corazon; porque Ricardo miraba en Luisa á la mujer de su tio, y Luisa recordaba que al fin y al cabo era la esposa del conde. Y pasaban en el silencio dias y dias; pero con el silencio se iba aumentando su amor, hasta que se convirtió en una pasion devoradora. Ricardo no sabia estar sino al lado de Luisa; no veia sino con la luz de sus hermosos ojos; no escuchaba mas palabras que las que salian de sus labios; Luisa.... Luisa miraba á Ricardo, y bajaba luego su mirada con rubor; porque el rubor es el atributo de la primera pasion. Al fin, un dia Ricardo se atrevió á manifestar su amor, y supo con alegría que era correspondido: ¿qué mas podia desear? Luisa le amaba, de aquí en adelante no pensarán mas que en ser felices.

El conde, á pesar de su corto talento, llegó á sospechar algo de lo que pasaba, y desde entonces, los insultos á su esposa se aumentaron; no salia de casa, y no dejaba á Luisa un momento sola; por último, significó á su sobrino su voluntad de que se marchara á cuidar de sus dominios, añadiendo que agradecería en extremo el que no volviese á pisar el umbral de su casa.

Un hombre menos valiente, ó menos enamorado que Ricardo, hubiera podido ahogar su pasion, y se hubiera alejado de la casa de su tio; pero Ricardo no pensó así; procuró hablar á Luisa; le dijo lo que ocurría; le manifestó que no podia vivir sin ella, que ella no podia vivir con su marido, y que por consiguiente, el único remedio de tantos males era el huir de Niebla y dejar abandonado al viejo conde. Una mujer menos enamorada que Luisa, hubiera temblado al oír semejante proposicion; pero Luisa aceptó, y la fuga quedó aplazada para la noche siguiente.

Era la noche del siguiente dia, y era tambien el primero del año; densas nubes cubrian por todas partes el cielo amenazando furiosa

tempestad; soplaba con furor el viento, modulando tristes gemidos al pasar por entre las descarnadas ramas de los árboles, y de cuando en cuando un relámpago alumbraba tan lúgubre escena; la naturaleza parecía llena de terror, al contemplar el inmenso poder del mismo que la sacó de la nada.

Luisa y Ricardo salían sobre dos briosos corceles de la villa de Niebla, y parecían á la luz de los relámpagos dos sombras evocadas del averno, que venían á desafiar el poder de Dios. Para ellos no habia oscuridad, ni viento; para ellos la noche era plácida y serena, porque al fin iban á vivir libres y dichosos lejos del conde.

Hacia poco tiempo que caminaban, cuando sintieron á su espalda el ruido de las pisadas de un caballo, y una voz que les gritó: ¡deteneos! Ambos dieron un grito.—¡Maldicion! exclamó Ricardo.—¡El conde! articuló Luisa. Era en efecto el conde, que los habia sorprendido en su fuga, y que gracias á la agilidad de su corcel, habia logrado alcanzarlos.

—¿Pensabais, les dijo cuando estuvo mas cerca, que ibais á escapar de mis manos? No; hasta ahora nadie se ha burlado de mí, y os juro que no habeis de ser los primeros.

—Lo veremos, señor conde, dijo Ricardo.

—Muchos brios muestras, replicó aquel desnudando la espada y preparándose al combate; y vos, señora, añadió, podeis entretanto admirar por última vez á la luz del relámpago el paisaje que nos rodea, podeis contemplar la cercana granja de la Ruiza, porque quizá, y sin quizá, sea esta noche la postrera de vuestra vida.

Luisa no contestó: una lucha encarnizada se habia trabado entre el tío y el sobrino; la oscuridad hacia mas terrible el combate; los adversarios procuraban herirse, guiados por las chispas que despedían los aceros; ni una palabra salía de sus labios; aquella lucha á muerte entre dos parientes cercanos, á la vista de una mujer esposa del uno y amante del otro, en medio de la oscuridad, era terrible; era una lucha en que el uno peleaba por su honor, y el otro por su pasion, mientras que Luisa veía en ella su muerte ó su vida. Por último, un relámpago alumbró el espacio; Luisa dió un ¡ay! y se cubrió el rostro con las manos; el conde acababa de ser herido, resonó una diabólica carcajada, y un cuerpo cayó al suelo sin vida. En el mismo instante daban las doce en el reloj de la villa de Niebla.

Pocos momentos despues se alejaban de aquel sitio Ricardo y Luisa.

II.

Habian trascurrido muchos años desde los anteriores sucesos; la gente de Niebla siempre que pasaba cerca de la Ruiza, por el sitio donde se encontró el cadáver del conde, hacia devotamente la señal de la cruz, y rezaba un padre nuestro por su alma: en cuanto á Ricardo y á Luisa, nadie habia vuelto á saber de ellos.

Dos viejos mendigos vinieron entonces á vivir cerca de la granja, eran un hombre y una mujer; nadie los conocia, ni ellos habian dicho su nombre á persona alguna; retirados todo el dia en una humilde choza que se habian construido frente al sitio donde fue muerto el conde, apenas salian mas que para colocarse en medio del camino á implorar la caridad de los transeuntes, con lágrimas en los ojos: al parecer un gran dolor les aquejaba, segun la tristeza de que continuamente estaban revestidos sus semblantes; pero nada se sabia ciertamente; porque su boca solo se abria para pronunciar plegarias ó para demandar una limosna.

Eran Ricardo y Luisa; Ricardo y Luisa, que arrepentidos de su vida pasada, venian á llorar en el lugar que contempló su delito; todas las noches, cuando sonaban las doce en el reloj de villa de Niebla, se les veia postrados orando en el mismo sitio donde murió el conde; eran Ricardo y Luisa, que perseguidos por la cólera divina, habian llegado hasta el extremo de la mas espantosa miseria; Ricardo y Luisa, que llevaban dentro del corazon el roedor remordimiento, el remordimiento que no termina sino al llegar á la huesa. Su expiacion era grande, como lo habia sido su crimen; todos los dias, á todas horas, á cada momento fijaban los ojos en el sitio donde cayó el conde muerto por la espada de Ricardo, y se estremecian; su vida era un continuo martirio; no deseaban la muerte, porque creian que todavia no estaban perdonados, y que sus sufrimientos seguirian mas allá de la tumba.

Faltaban pocos dias para acabarse el año; el aniversario de la muerte del conde se acercaba; en aquel dia pensaban redoblar sus oraciones, y aumentar sus penitencias: aquel dia era para ellos el gran dia.

Al sonar las doce de la noche, los dos mendigos con las cabezas inclinadas sobre el pecho, las manos cruzadas y las rodillas sobre el duro suelo, estaban colocados en medio del camino rogando á Dios por el que allí murió. La noche era espantosa, era la misma noche del crimen, con su oscuridad y su desencadenado viento; la miserable choza amenazaba caer á impulsos del vendabal; los mendigos estaban aterrorizados, ambos pensaban en otra noche muy se-

mejante á aquella; ambos creían escuchar todavía la risa del conde moribundo. Brilló un relámpago, y un frío glacial se apoderó de su cuerpo; delante de ellos había un charco de rojiza sangre; sus corazones dejaron de latir, apretaron contra su pecho las convulsas manos, y sus labios contraídos dejaron de pronunciar oraciones. De repente una sombra se elevó de la sangre, como el humo de un pebetero, y poco á poco tomó formas regulares, y al brillar otro relámpago vieron delante de sí la imágen del conde, pero su rostro estaba apacible y sereno, aquel no era el rostro que tenía durante su vida; aquella era la imágen del conde; pero no del conde verdugo que había visto el mundo, sino de un amigo que les tendía la mano con benevolencia. Los mendigos llenos de temor cayeron con el rostro hácia tierra como muertos, al mismo tiempo que escuchaban las siguientes palabras: «vuestras oraciones me han salvado, vosotros me acompañareis pronto á la mansion de los justos; pero antes habeis de levantar en este mismo sitio una cruz para enseñanza de los hombres. ¡Cuando os vuelva á visitar será para no dejaros jamás!» Levantaron el rostro los humillados y la sombra había desaparecido, las nubes empezaban á disiparse, y la luna se dejaba mostrar vertiendo sobre el mundo su argentina luz.

Los vecinos de la villa de Niebla, y los habitantes de la granja de la Ruiza, veían los días siguientes con asombro á los dos mendigos con el rostro alegre, llevando piedras al sitio donde fue muerto el conde: el último día del año una tosca cruz de madera se elevaba sobre un sencillo pedestal.

Eran cerca de las doce de la noche del primer día del año; la luna brillaba con todo su esplendor; el viento no agitaba sus alas y nubes plateadas pasaban con lentitud, dejando trasparentar el puro azul del cielo; era la primera noche del aniversario de aquel terrible suceso en que la naturaleza estaba tranquila, Ricardo y Luisa hacia tiempo que estaban arrodillados al pié de la cruz; sus rostros se mostraban alegres, y elevaban en alta voz sus preces al cielo; en aquel momento se sentían dichosos; ya no advertían en el corazón el peso de los remordimientos. Dieron las doce, una inefable armonía resonó en el espacio, una luz mas brillante y mas pura lo alumbró todo; el alma del conde atravesó las nubes con rápido vuelo, y se colocó junto á la cruz: «venid á mí» se escuchó en el cielo, y las almas de los mendigos, abandonando los cuerpos, se unieron al alma del conde, y juntos se elevaron á la mansion de la dicha eterna. Los que tanto mal se hicieron en la tierra, estaban juntos en el cielo.

Al otro día una inmensa multitud rodeaba la cruz; al pié de ella se habían encontrado los cadáveres de los dos mendigos. Desde en-

tonces esta cruz se conoce con el nombre de la *Cruz de los arrepentidos*, y cuentan que todas las noches de 1.º de año, se ven dos sombras arrodilladas delante de ella, y en actitud de orar; que al dar las doce en el reloj de la villa de Niebla, baja otra sombra de las nubes, y que las tres se elevan juntas al cielo. Son las almas del conde, de Luisa y Ricardo.

Hasta aquí el respetable Tragaldabas: nosotros añadimos, que durante la desastrosa guerra de la Independencia, desapareció esta cruz, que contaba remota antigüedad. Sin embargo, todavía cuentan en Niebla esta historia al viajero curioso, y al pasar sus habitantes cerca de la granja de la Ruiza, no dejan de decir señalando con el dedo: aquí estuvo la *Cruz de los arrepentidos*.

RAFAEL BLASCO.

1854.